

1102

4

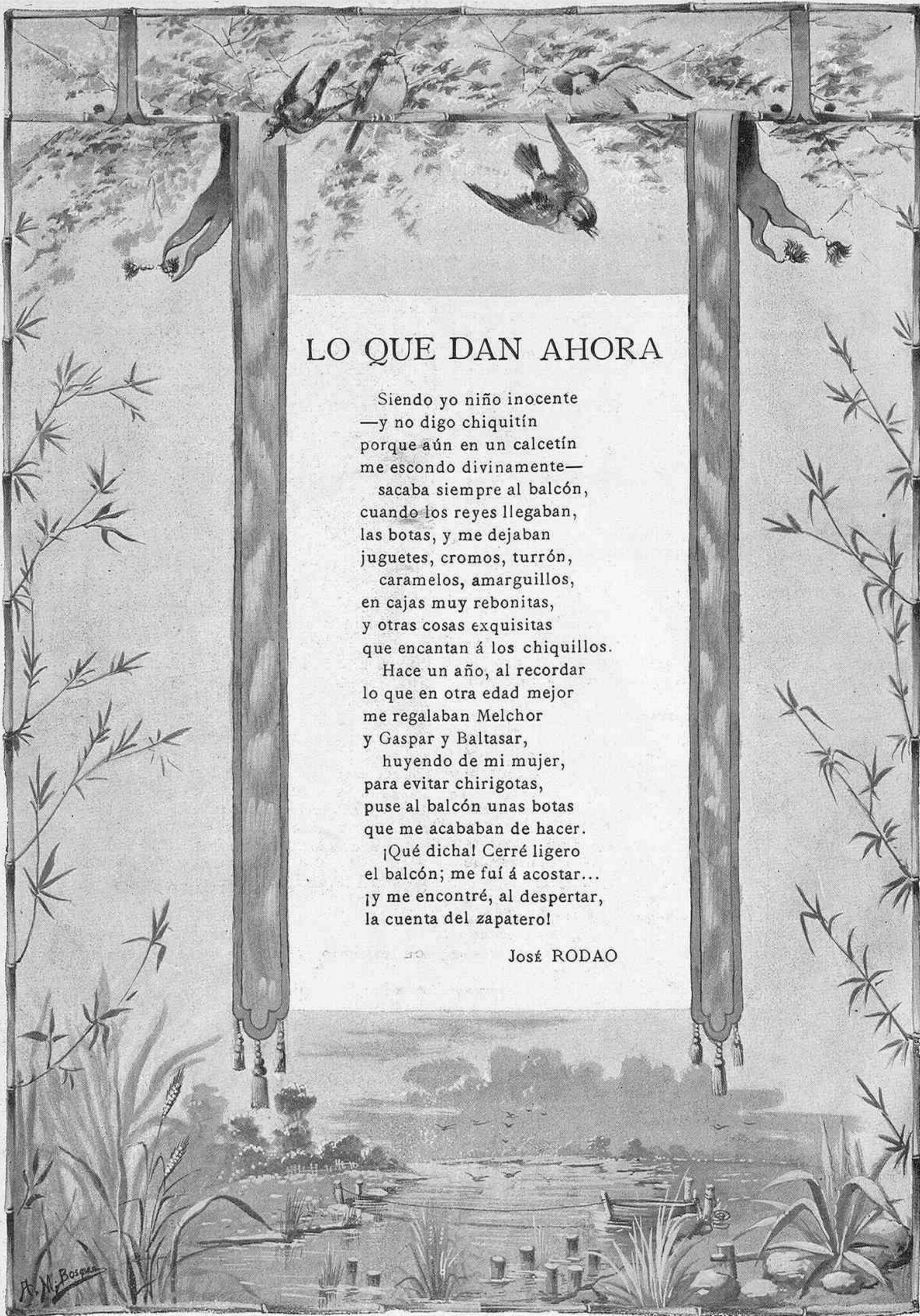
# PLUMA y LAPIZ



E. Esteban

NÚM. 62





## LO QUE DAN AHORA

Siendo yo niño inocente  
—y no digo chiquitín  
porque aún en un calcetín  
me escondo divinamente—  
sacaba siempre al balcón,  
cuando los reyes llegaban,  
las botas, y me dejaban  
juguetes, cromos, turrón,  
caramelos, amarguillos,  
en cajas muy rebonitas,  
y otras cosas exquisitas  
que encantan á los chiquillos.

Hace un año, al recordar  
lo que en otra edad mejor  
me regalaban Melchor  
y Gaspar y Baltasar,  
huyendo de mi mujer,  
para evitar chirigotas,  
puse al balcón unas botas  
que me acababan de hacer.

¡Qué dicha! Cerré ligero  
el balcón; me fuí á acostar...  
¡y me encontré, al despertar,  
la cuenta del zapatero!

José RODAO

Orla de ANTONIO BOSQUE.

## UN GENIO ANÓNIMO

No sé si por mi fortuna ó por mi desgracia, huyendo de los calores de Madrid, decidí pasar el verano último en L\*\*, un pueblo que bien pudiera llamarse de pesca, aunque dista muchas leguas del mar y no tiene río.

Nada hay en L\*\* digno de llamar la atención del viajero, y obscuro y olvidado vive y vivirá del resto de España á no contar entre sus pocos vecinos un genio anónimo, cuyos méritos me propongo dar á los vientos de la publicidad para gloria de curanderos más ó menos rurales.

El genio en cuestión no tiene ningún título académico ó, si lo tiene, lo oculta con exquisita modestia, dejándose llamar lisa y llanamente *el tío Diego*.

Cuando sus vecinos dan,—y dan constantemente,—en la flor de elogiarle, lo dejan á uno turulato. ¡Qué talento y, sobre todo, qué manos debe de tener el tío Diego! Lo mismo extirpa un ojo de pollo que un ojo de la cara; lo mismo *corta* una calentura que una pierna, y lo mismo *saca* el sol de una cabeza que una muela de una mandíbula.

Yo he tenido ocasión de conocer á este rey de los curanderos, y confieso ingenuamente que su conversación, en la que á menudo emplea palabras cuyo significado ignora, me ha proporcionado ratos deliciosos.

Hablando de lo conveniente que es atender á los males desde el principio, me dijo una vez con marcada satisfacción: — Por haberme llamado á tiempo, he librado á muchos enfermos del *patíbulo*.

Hombre chapado á la antigua, compadece desdeñosamente á los admiradores de la doctrina de Hahnemann, y más de una vez le he oído exclamar: — Los *lóbulos homopláticos* son la carabina de Ambrosio, y los medicamentos en *diócesis* pequeñas, *papalinas* para los canarios.

Cierto día, oyendo quejarme de dolor de cabeza, me dijo:—Póngase usted unos *estimulantes* que obren como *privativos* y beba agua *ligeramente saturada* de magnesia ó *adulterada* con cremor; y si no cede el dolor, será preciso hacerle una evacuación *trópica*.

A imitación de los grandes médicos, sólo en casos graves visita á los enfermos en sus casas. En el zaguán de la suya tiene establecida una especie de consulta pública, que es lo que hay que ver y lo que hay que oír.

—Este muchacho,—me decía una mañana, mientras reconocía á sus enfermos,—tiene un enorme *pasadizo* en el dedo *délice*; aquel infeliz padece dolores *románticos*; el que está á su lado tiene *escórfulas*; á esa mujer le voy conllevando el flato *histórico* con *infusorios* de malvas.

*Et sic de cæteris.*

Fuera de lo que él llama su facultad, tampoco se muerde la lengua el tío Diego.

En el ejercicio de su cargo de mayordomo de un señor de Madrid que posee algunas fincas en L\*\*, le encontré un día caminando muy de prisa hacia una casa de campo próxima al pueblo; y, al querer detenerle, me dijo: — No puedo perder momento, pues voy á medir unas tierras en cumplimiento de una *real orden* que me ha dado mi amo.

—Tengo asegurada la salud pública,—decía una vez al alcalde,—en el pueblo hay ahora una *epidemia* de salud.

Aficionado en extremo al arte *pintórico*, afirma que no ha de morir sin hacer un viaje á Madrid con el único objeto de visitar el *mausoleo* de pinturas.

Hablando de la invasión sarracena, asegura que los moros entraron en España por el Fijo de Ceuta.

Es partidario de la ley sálica, por creer que á ella se debe el desestanco de la sal, y califica de inhumanas las leyes de Toro, suponiéndolas protectoras del arte de Pepe-Hillo.

Mucho más pudiera decir del tío Diego, pero para muestra ya hay bastantes botones.

Un rasgo antes de concluir.

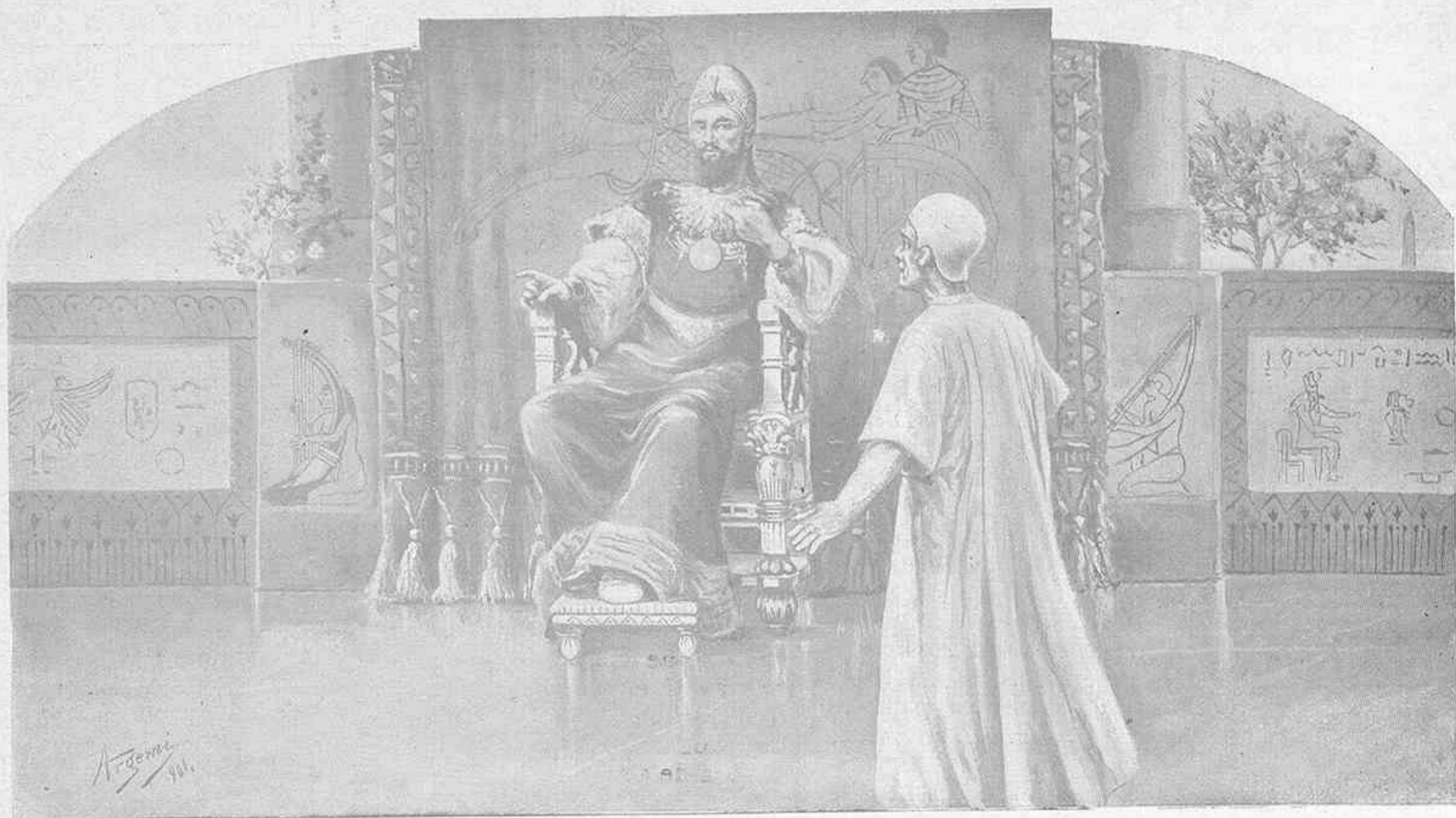
En los últimos días de mi estancia en L\*\*, una muela me proporcionó malísimos ratos, y con objeto de que me la sacara acudí al ínclito tío Diego. La examinó mi hombre, me sentó en un banco, aplicó el gatillo á la parte dolorida, llamó á su mujer,—que era una montañesa como un templo,—y gritándola «¡aprieta, Paca!», antes de que pudiera escaparme de entre sus manos, se colgó la tal Paca del extremo del temible hierro, y al cabo de algunos segundos, que me parecieron siglos, saltó hecha pedazos mi muela á la vez que algunos no despreciables fragmentos de mandíbula.

Cuando le inorepé duramente por semejante atropello, me contestó con la mayor naturalidad:—Yo no hago más que marcar la posición de la *herramienta*; para *apalancar* está mi mujer.

Rasgos de esta especie no necesitan comentarios. ¡Ni dentistas!



CARLOS CANO



## EL LABERINTO

(CUENTO VIEJO)

**E**RASE un Rey... Así empezaba mi abuela cuando al amor de la lumbre me arrullaba con sus cuentos.— Erase un Rey,—digo,—tan celoso de sus riquezas, que bien pudiérase llamarle avaro, cuando en rigor no era más que un prudente y honrado administrador de los bienes de su pueblo.

Temiendo que los funcionarios del Estado hiciesen mal uso de las rentas que producían los tributos impuestos á sus pacientes y leales vasallos, pues que entonces como hoy y como siempre ha habido y habrá prevaricadores que sorben como insaciables sanguijuelas la sangre de los que con su trabajo contribuyen al sostenimiento de las cargas públicas, y queriendo tener el Monarca un sitio donde depositar su tesoro, pero de tal modo seguro y sencillo que no necesitase llaves ni guardianes que lo custodiasen, pues que siempre el lobo ha sido mal guardador del ganado, llamó al más hábil alarife de su reino y le expuso su pensamiento para que el sabio maestro le ilustrase en tan arduo asunto.

Atentamente escuchó el arquitecto á su soberano, meditó después largo rato, y cuando ya el Rey comenzaba á impacientarse, díjole el maestro:

—Lo que pides, gran señor, es para mí facilísimo; proporcióname los elementos que me son necesarios para poder complacerte y en breve verás satisfechos tus deseos.

—¿Qué necesitas para llevar á cabo mi pensamiento?—preguntó el Rey sin poder ocultar la grata emoción que produjéronle las palabras del experto alarife.

—Sólo necesito, — respondió el maestro, — lo que es propio de mi oficio. Materiales de construcción para levantar en tu propio palacio un modesto y sencillo pabellón de muy poco coste, en el cual podrás guardar tu tesoro y estará allí tan seguro como en las profundidades de la tierra, sin necesidad de guardianes que lo custodien, ni de puertas ni de llaves ni cerrojos de ninguna especie.

—Me asombras, maestro. Ya sé que eres entendido en tu oficio; pero cuida de cumplir bien lo que dices, porque si me engañas, el engañado serás tú mismo.

—Mi cabeza, señor, responde de mi palabra.

—Pues manos á la obra. Pide cuanto te haga falta. Elige el terreno y la parte de mi palacio que juzgues á propósito y cuando quede terminada la obra, dame aviso de tu cumplimiento.

Pocos meses después, acompañaba á su Rey el mencionado alarife llevándole á un extremo de su palacio, al que se unía un nuevo cuerpo de edificio recién construído.

Presentábase la entrada bajo una pequeña arcada tan sencilla como artística en su construcción, pero sin puerta que la cerrase y como abierta al primer indiscreto que se propusiese penetrar en su interior.

—Esta es la entrada, señor, al departamento de tu palacio, donde sin necesidad de puertas, de arcas, ni de llaves podrás guardar tu tesoro, sin que nadie pueda sospechar nunca dónde lo tienes.

—Pero desdichado,—replicó el Rey.—¿No puede penetrar aquí todo el mundo?

—La entrada es fácil, señor; la salida imposible.

—¿Cómo, pues?

—Sígueme y lo verás.

Precedido del alarife entró el Rey pasando por debajo de aquella arcada de baja altura, formando una especie de galería cubierta, la cual se extendía ya en línea recta, ya en forma tortuosa, ora dando vueltas rápidas, ora prolongándose unas veces á la derecha, otras á la izquierda y notando el Rey, que no salía de su asombro, que casi todo el camino que recorrían tenía diferentes entradas y salidas á cada uno de los lados, pero no de una manera regular y uniforme, sino allí donde al arquitecto le plugo abrirlas con arreglo al impenetrable

trazado de su maravillosa obra. Así continuaron Monarca y artífice recorriendo aquel interminable é intrincado pasadizo, débilmente iluminado por los reflejos de la lúgubre y fantástica luz que penetraba apenas por las claraboyas y tragaluces abiertos de trecho en trecho en la bóveda de aquella especie de cárcel.

—Hemos llegado al fin,—exclamó éste mostrando al Rey un pequeño aposento semicircular y rodeado de bancos unos más altos que otros, subiendo gradualmente por las paredes de granito, como la estantería de un escaparate destinado á guardar joyas y objetos de gran valor.

Así que el Rey aprendió con toda seguridad, guiado siempre por el arquitecto, á recorrer por sí solo las intrincadas callejuelas, pasadizos y corredores del extraño laberinto, recompensó espléndidamente al autor de tal maravilla, el cual, como si hubiese terminado su misión en la tierra al dar por terminada su obra, exhaló el postrer suspiro, haciendo respirar con gran satisfacción al Monarca, como si le hubiese quitado un peso enorme de encima al desaparecer del mundo de los vivos el único que podía divulgar su secreto.

El codicioso soberano dedicóse entonces á trasportar por sí mismo un día y otro día grandes ánforas depositando en cada una enormes sumas en oro y plata hasta amontonar allí todo su tesoro, que los historiadores hacen ascender á 400,000 talentos, equivalentes á 2,800 millones de pesetas.

Ramis, que este era el nombre del Monarca, mostrábase satisfecho y orgulloso de tener asegurado su tesoro, libre de toda rapiña y fuera del alcance de todos los mortales que no fuesen él en persona. Pero su satisfacción trocóse un día en horrible duda y después en verdadero espanto al sospechar primero y convencerse hasta la evidencia más tarde, al observar que su tesoro sufría evaporaciones que parecían increíbles, y eran sin embargo muy ciertas. Tomó todas las precauciones que le sugirió su imaginación para descubrir á los ladrones. Mandó poner gruesas puertas á la entrada del laberinto, colocó guardias que las vigilasen, madrugó y pasó las noches en vela para observar por sí mismo. Todo fué inútil. El real tesoro sufría mermas considerables. No cabía la menor duda que allí penetraba alguien, mas como este alguien no entraba por las puertas, sino que debía ser un sér invisible que se evaporaba como los espíritus del aire, puso el Rey, para cazarle, un lazo en torno de las ánforas que contenían el tesoro, seguro de que esta vez no escaparía el discípulo de Caco.

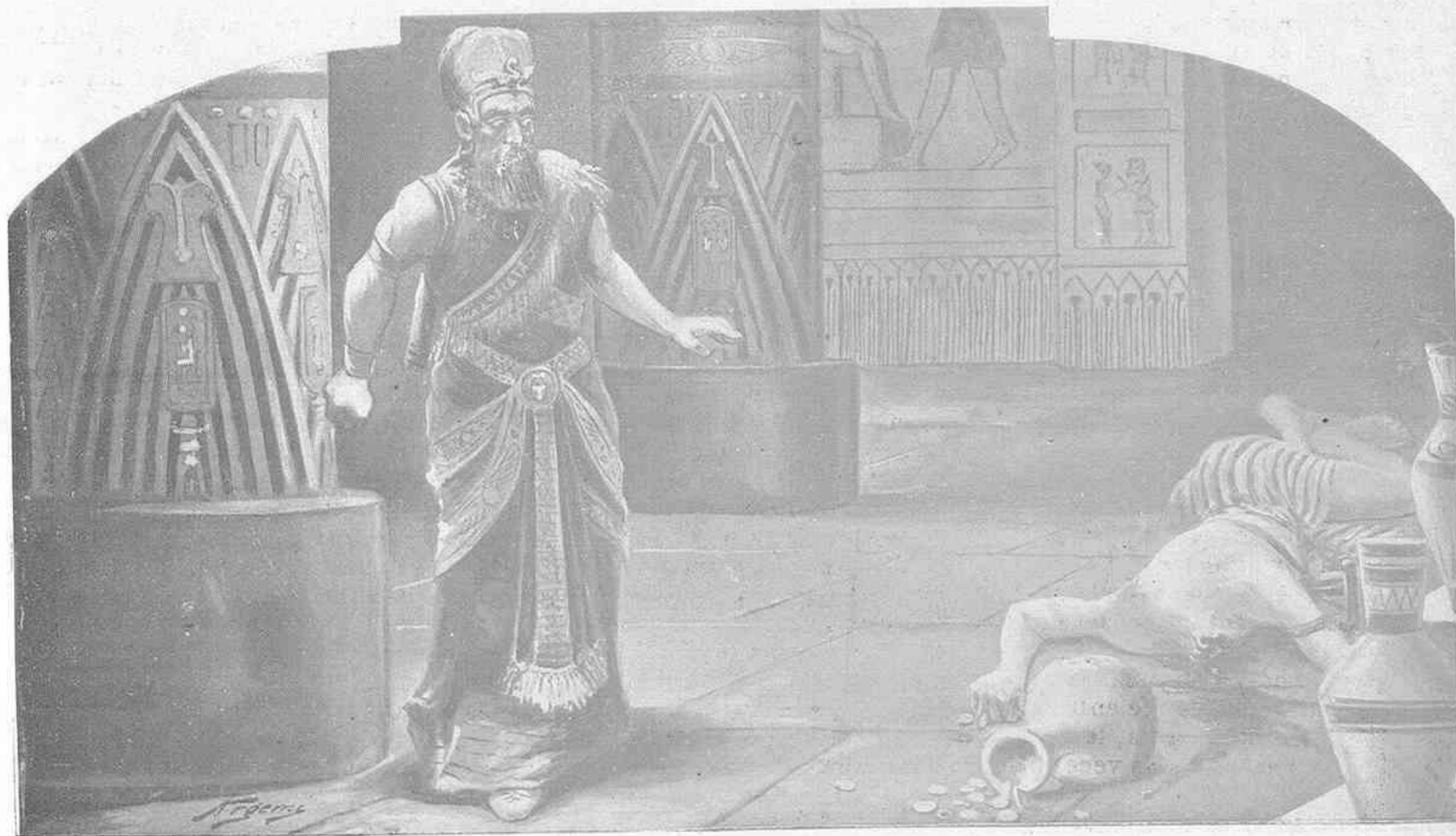
Y así fué. Al siguiente día visitó Ramis su tesoro y allí encontró el cuerpo del delito. Un hombre había penetrado y caído en el lazo tendido por el Rey. Su emoción fué profunda, no sólo al descubrir al ladrón, sino al observar que éste no era más que un cuerpo sin cabeza. ¿Cómo identificar ahora aquel cadáver descabezado recientemente, como indicaba la sangre que emanaba de aquel cuello cortado á cercén? ¿Dónde hallar la cabeza y quién había sido el autor de la decapitación? Abismado en sus pensamientos buscó y encontró en su cerebro la solución de tan insondable misterio. He aquí lo que pasó.

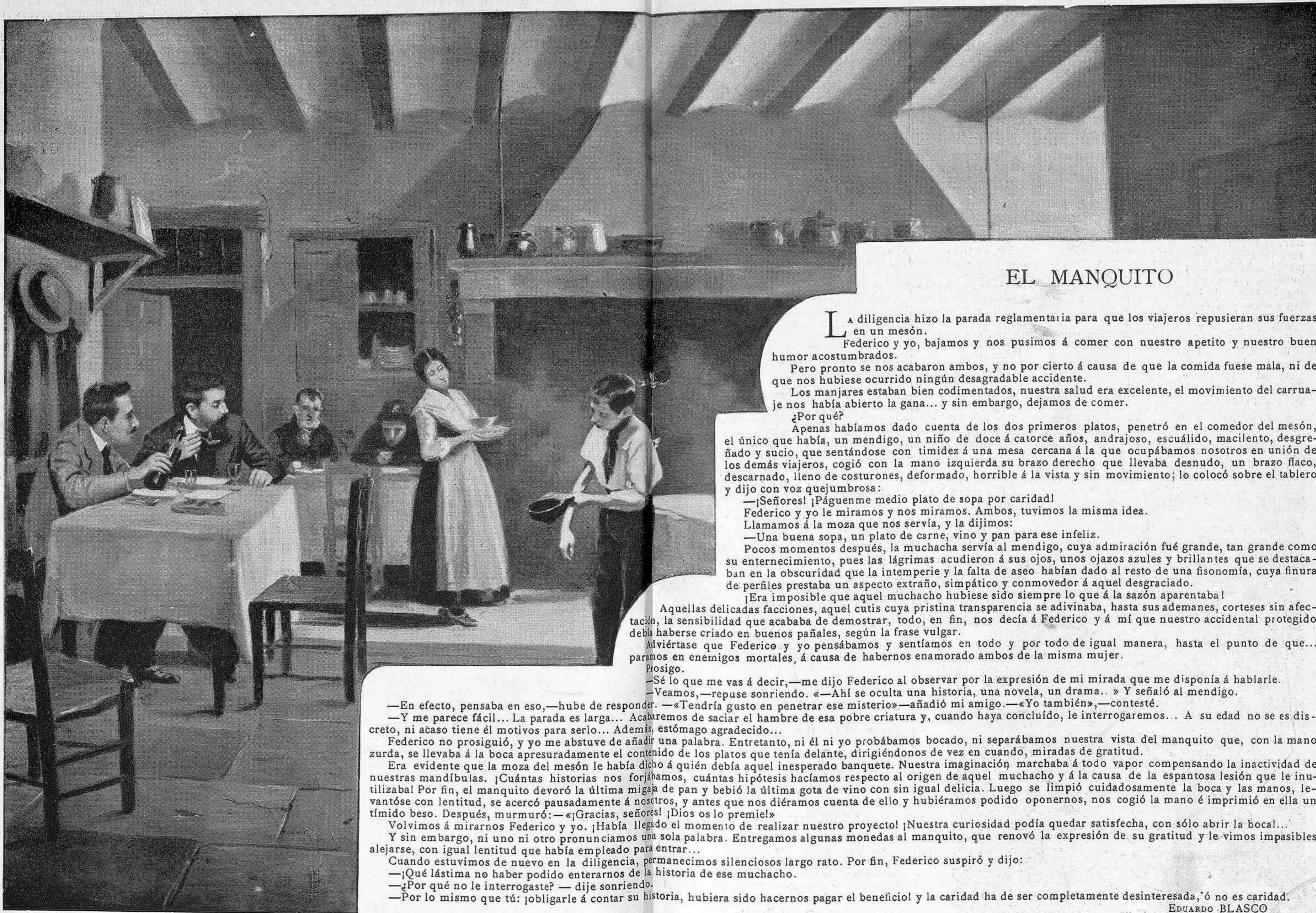
Al sentirse el arquitecto, autor del laberinto, próximo á su fin, explicó á sus dos hijos la obra que por encargo del Rey había construído, y que en una de las molduras de la parte exterior había dejado movediza, de intento, una de las piedras sillares, la cual extraída de su sitio, dejaba un boquete que podía dar paso á un hombre hasta el sitio donde se hallaba el real tesoro. Poseedores los hijos del secreto que les confió su padre, se explica bien lo que ocurrió después. Primero por curiosidad, luego por codicia y por vicio, se convirtieron en ladrones del tesoro del Rey, hasta que éste colocó el lazo del que queda hecho mérito, en el cual quedó apresado uno de los hermanos. Al verse éste preso como una alimaña caída en la ratonera, llamó al hermano que estaba fuera.—Estamos perdidos,—le dijo,—me cogerán y ya adivinas el fin que tendremos. Lo de menos es mi vida, más que ésta vale la honra de nuestra casa; córtame la cabeza y llévatela donde nadie la vea, á fin de que no me conozcan y quede á salvo el honor y el buen nombre de nuestro padre.

El hermano libre no vaciló; cortó de un tajo la cabeza de su hermano sacrificándolo á la memoria del autor de sus días, y enterrándola donde no pudiese ser descubierta por nadie.

JUAN B. PERALES

Ilustraciones de ARGEMÍ.





## EL MANQUITO

La diligencia hizo la parada reglamentaria para que los viajeros repusieran sus fuerzas en un mesón.

Federico y yo, bajamos y nos pusimos á comer con nuestro apetito y nuestro buen humor acostumbrados.

Pero pronto se nos acabaron ambos, y no por cierto á causa de que la comida fuese mala, ni de que nos hubiese ocurrido ningún desagradable accidente.

Los manjares estaban bien codimentados, nuestra salud era excelente, el movimiento del carruaje nos había abierto la gana... y sin embargo, dejamos de comer.

¿Por qué?

Apenas habíamos dado cuenta de los dos primeros platos, penetró en el comedor del mesón, el único que había, un mendigo, un niño de doce á catorce años, andrajoso, escuálido, macilento, desgredado y sucio, que sentándose con timidez á una mesa cercana á la que ocupábamos nosotros en unión de los demás viajeros, cogió con la mano izquierda su brazo derecho que llevaba desnudo, un brazo flaco, descarnado, lleno de costurones, deformado, horrible á la vista y sin movimiento; lo colocó sobre el tablero y dijo con voz quejumbrosa:

—¡Señores! ¡Páguenme medio plato de sopa por caridad!

Federico y yo le miramos y nos miramos. Ambos, tuvimos la misma idea.

Llamamos á la moza que nos servía, y la dijimos:

—Una buena sopa, un plato de carne, vino y pan para ese infeliz.

Pocos momentos después, la muchacha servía al mendigo, cuya admiración fué grande, tan grande como su enternecimiento, pues las lágrimas acudieron á sus ojos, unos ojazos azules y brillantes que se destacaban en la obscuridad que la intemperie y la falta de aseo habían dado al resto de una fisonomía, cuya finura de perfiles prestaba un aspecto extraño, simpático y conmovedor á aquel desgraciado.

¡Era imposible que aquel muchacho hubiese sido siempre lo que á la sazón aparentaba!

Aquellas delicadas facciones, aquel cutis cuya pristina transparencia se adivinaba, hasta sus ademanes, corteses sin afectación, la sensibilidad que acababa de demostrar, todo, en fin, nos decía á Federico y á mí que nuestro accidental protegido debía haberse criado en buenos pañales, según la frase vulgar.

Adviértase que Federico y yo pensábamos y sentíamos en todo y por todo de igual manera, hasta el punto de que... paramos en enemigos mortales, á causa de habernos enamorado ambos de la misma mujer.

Prosigo.

—Sé lo que me vas á decir,—me dijo Federico al observar por la expresión de mi mirada que me disponía á hablarle.

—Veamos,—repose sonriendo. —«Ahí se oculta una historia, una novela, un drama...» Y señaló al mendigo.

—«Tendría gusto en penetrar ese misterio»—añadió mi amigo.—«Yo también»,—contesté.

—Y me parece fácil... La parada es larga... Acabaremos de saciar el hambre de esa pobre criatura y, cuando haya concluido, le interrogaremos... A su edad no se es discreto, ni acaso tiene él motivos para serlo... Además, estómago agradecido...

Federico no prosiguió, y yo me abstuve de añadir una palabra. Entretanto, ni él ni yo probábamos bocado, ni separábamos nuestra vista del manquito que, con la mano zurda, se llevaba á la boca apresuradamente el contenido de los platos que tenía delante, dirigiéndonos de vez en cuando, miradas de gratitud.

Era evidente que la moza del mesón le había dicho á quien debía aquel inesperado banquete. Nuestra imaginación marchaba á todo vapor compensando la inactividad de nuestras mandíbulas. ¡Cuántas historias nos forjábamos, cuántas hipótesis hacíamos respecto al origen de aquel muchacho y á la causa de la espantosa lesión que le inutilizaba! Por fin, el manquito devoró la última migaja de pan y bebió la última gota de vino con sin igual delicia. Luego se limpió cuidadosamente la boca y las manos, levantóse con lentitud, se acercó pausadamente á nosotros, y antes que nos diéramos cuenta de ello y hubiéramos podido oponernos, nos cogió la mano é imprimió en ella un tímido beso. Después, murmuró:—«¡Gracias, señores! ¡Dios os lo premie!»

Volvíamos á mirarnos Federico y yo. ¡Había llegado el momento de realizar nuestro proyecto! ¡Nuestra curiosidad podía quedar satisfecha, con sólo abrir la boca!...

Y sin embargo, ni uno ni otro pronunciamos una sola palabra. Entregamos algunas monedas al manquito, que renovó la expresión de su gratitud y le vimos impasibles alejarse, con igual lentitud que había empleado para entrar...

Cuando estuvimos de nuevo en la diligencia, permanecimos silenciosos largo rato. Por fin, Federico suspiró y dijo:

—¡Qué lástima no haber podido enterarnos de la historia de ese muchacho.

—¿Por qué no le interrogaste? —dije sonriendo.

—Por lo mismo que tú: ¡obligarle á contar su historia, hubiera sido hacernos pagar el beneficiol y la caridad ha de ser completamente desinteresada, ó no es caridad.

EDUARDO BLASCO

Ilustrado por PABLO BÉJAR.



# AÑO NUEVO

Confieso que me subleva,  
sin poderlo resistir,  
cada vez que oigo decir:  
*¡Año nuevo, vida nueva!*  
Porque es cosa muy sabida  
y probada de mil modos,  
que á la postre siguen todos  
haciendo la misma vida.

El estudiante holgazán  
que va á clase, por recurso,  
dos veces en todo el curso,  
sin temor al *qué dirán*;  
el *juerguista* empedernido  
que libre de todo freno,  
está resuelto á ser bueno  
porque así lo ha decidido;  
el jugador, que se juega  
el alma, si es menester;  
el que pega á su mujer,  
la que á su marido pega;  
el sablista, como he visto  
que andan por ahí más de dos,  
que le da un sablazo á Dios  
nuestro señor Jesucristo;  
el empleado imprudente,  
como hay muchos hoy en día,  
que por una porquería

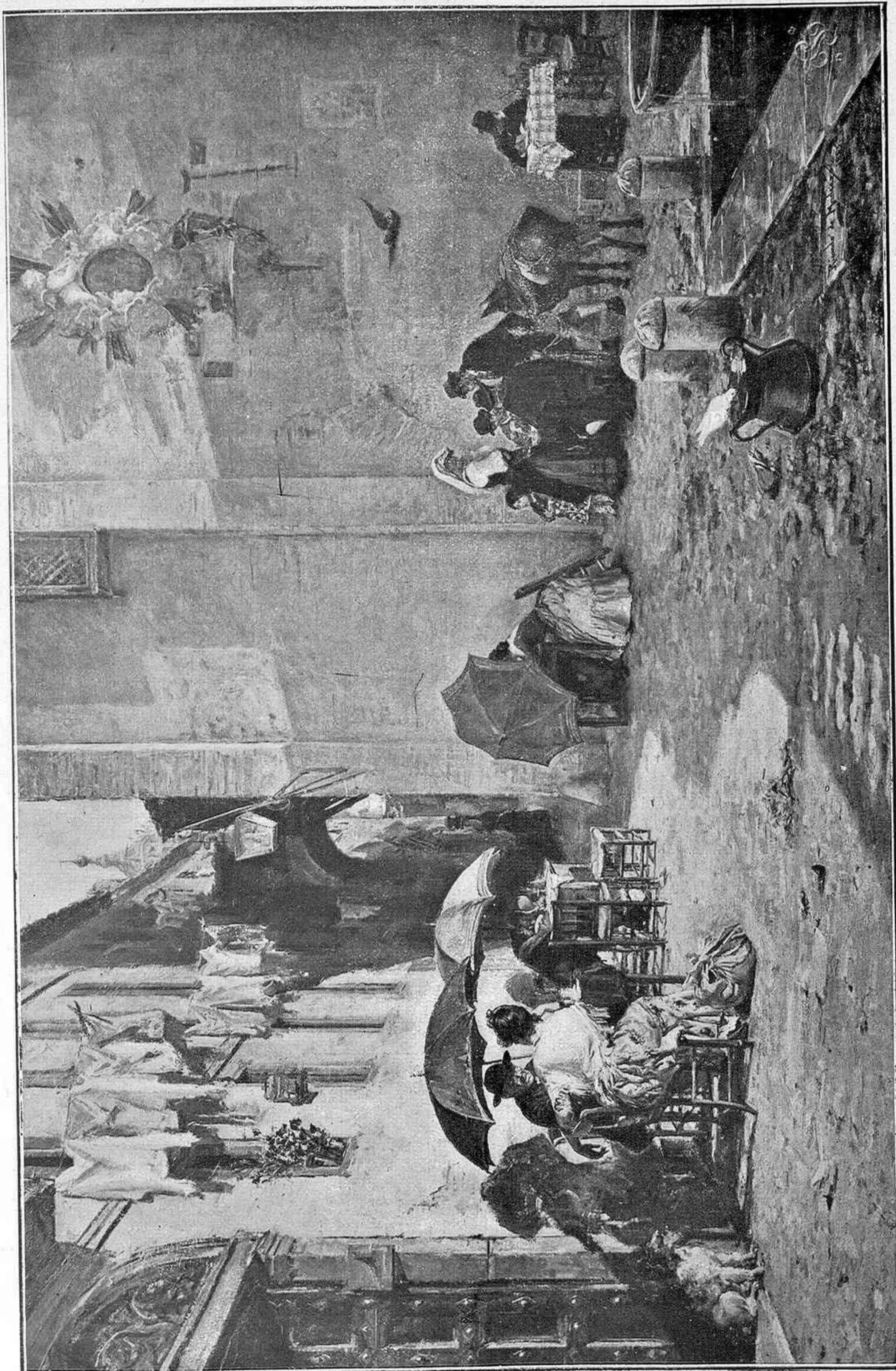


le da *mulé* á un expediente;  
la casada licenciosa  
que le hace caso á cualquiera;  
el marido calavera  
que se la pega á su esposa;  
el que, aunque se ve perdido,  
triunfa y gasta hasta el demoche,  
el que se pasa la noche  
en la taberna metido;  
el truhán, el pendenciero,  
el que trasnocha, el celoso,  
el jugador, el vicioso,  
el borracho, el embustero...  
todos, queriendo dar prueba  
de que salen de su engaño,  
exclaman á fin de año:  
*¡Año nuevo, vida nueva!*  
¿Y se enmiendan? ¡No, señor!  
Porque, como es natural,  
aquel que lo hacía mal  
lo sigue haciendo peor.  
Ninguno llega á enmendarse,  
no obstante su buen deseo;  
y por lo tanto, yo creo  
que debiera desterrarse  
aquella fórmula añeja  
mandada ya retirar,  
y decir en su lugar;  
*¡Año nuevo, vida vieja!*

MANUEL SORIANO

Dibujo de GASPAR CAMPS.

RICARDO DE MADRAZO



ESCENAS POPULARES (NÁPOLES).



## LIBROS RECIBIDOS

Hemos recibido el primer número de *Hojas Selectas*, publicado por la Casa Salvat y C.<sup>a</sup>

\*\*\*

El primer cuaderno de *El Portfolio de Galicia*, elegantemente editado por la Casa Viuda de Ferrer é Hijos.

Se vende al precio de 60 céntimos.

\*\*\*

De la casa Lezcano y C.<sup>a</sup> de Barcelona, los siguientes tomos:

*La mujer de todo el mundo*, de Alejandro Sawa.

*La Reliquia*, de Eça de Queiroz.

*Ivan el imbécil*, del conde León de Tolstoy.

Los tres tomos están hermosamente editados, dando los editores una nueva muestra de su buen gusto para con el público.

Se venden al precio de una peseta cada tomo.

\*\*\*

De la casa Maucci, hemos recibido un ejemplar de la hermosa obra *Los vagabundos*, de Máximo Gorki.

Precio, 1 peseta.

\*\*\*

*Laureles*. Un hermoso tomo de poesías, de Angel del Arco, con un prólogo de Juan Valera.

## PASATIEMPOS

Tenemos el deber de consignar que, debido á una lamentable equivocación, algunas de las fotografías publicadas en los números 33 y 35, eran debidas al señor Luis Bartrina y Fabrè, y no al señor José Serra como constaba.

\*\*\*

### LOGOGRIFO NUMÉRICO

2	Vocal.
7 5	Planta.
4 0 9	Bebida.
1 3 6 0	Astro.
4 3 2 9 0	Apellido.
7 3 4 4 0 6	Dulce.
7 2 3 4 8 6 0	Arte.
7 4 8 2 9 5 4 2	Mujer graciosa.
7 2 4 2 9 7 3 1 2	Animal.
1 2 3 4 5 6 7 8 9 0	Nombre de varón.
7 8 6 7 0 4 5 4 2	Pescado.
1 2 7 0 9 5 4 0	Oficio.
2 6 7 0 9 8 2	Nombre de mujer.
7 4 3 5 6 0	Explosión atmosférica.
6 5 4 0 9	Emperador romano.
2 3 4 2	Ave de Cuba.
7 8 0	Grado de parentesco.
4 5	Nota musical.
8	Vocal.

ANTONIO PAJARES.

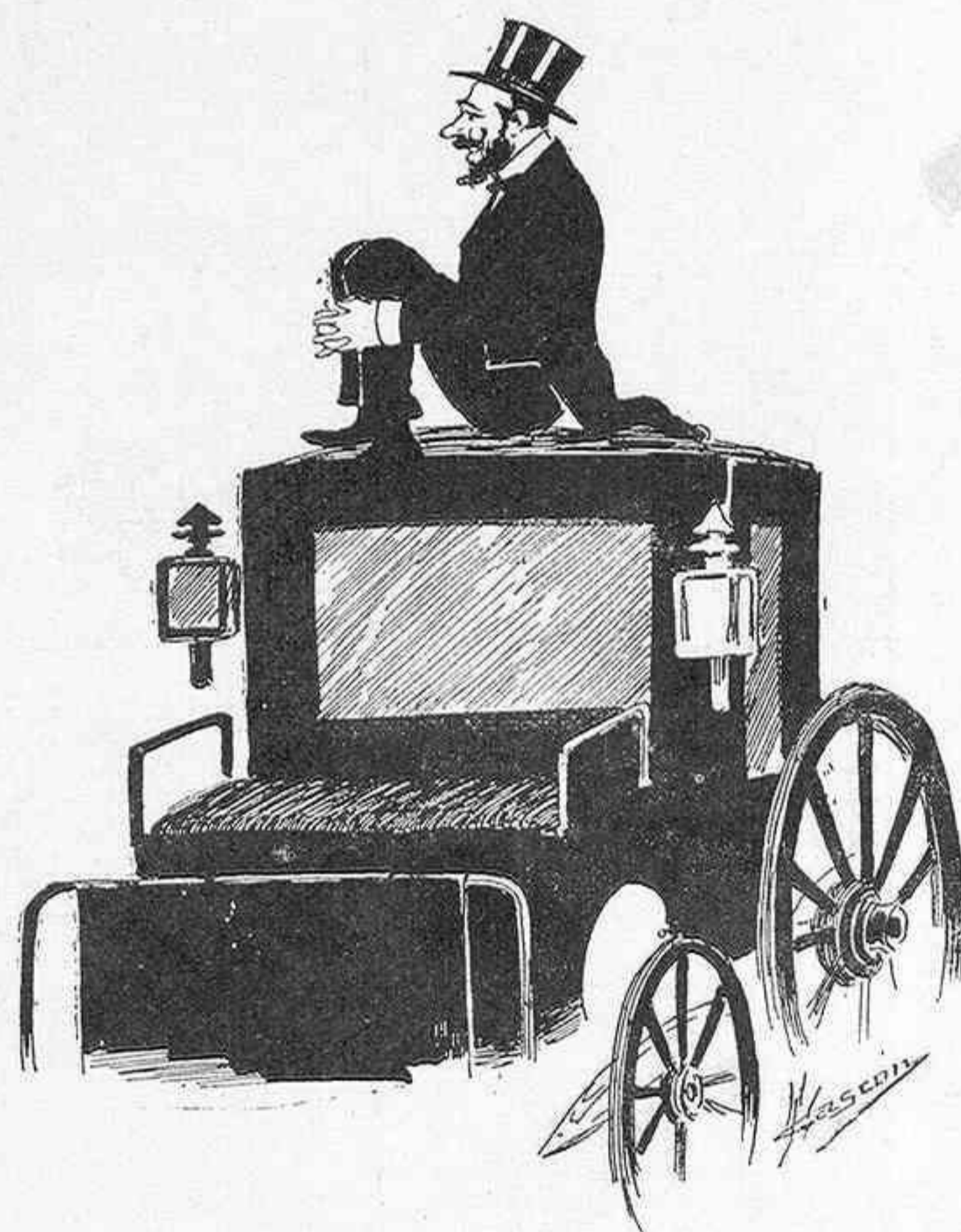
\*\*\*

### CHARADA

Apenas *todo* se halló  
el valeroso adalid  
volvió de nuevo á la lid,  
y cual ante se portó.  
Y con sin igual ahinco,  
haciéndose duro y fuerte,  
desafiaba á la muerte  
que le importaba un *tres cinco*.  
Y por cumplir como bueno  
para que el pueblo lo viera,  
*cuarta dos* á la *primera*  
quedándose en su terreno.

J. J. GUTIÉRREZ RAMOS

### FRASE HECHA



\*\*\*

### JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

C NOTA RÍO E T

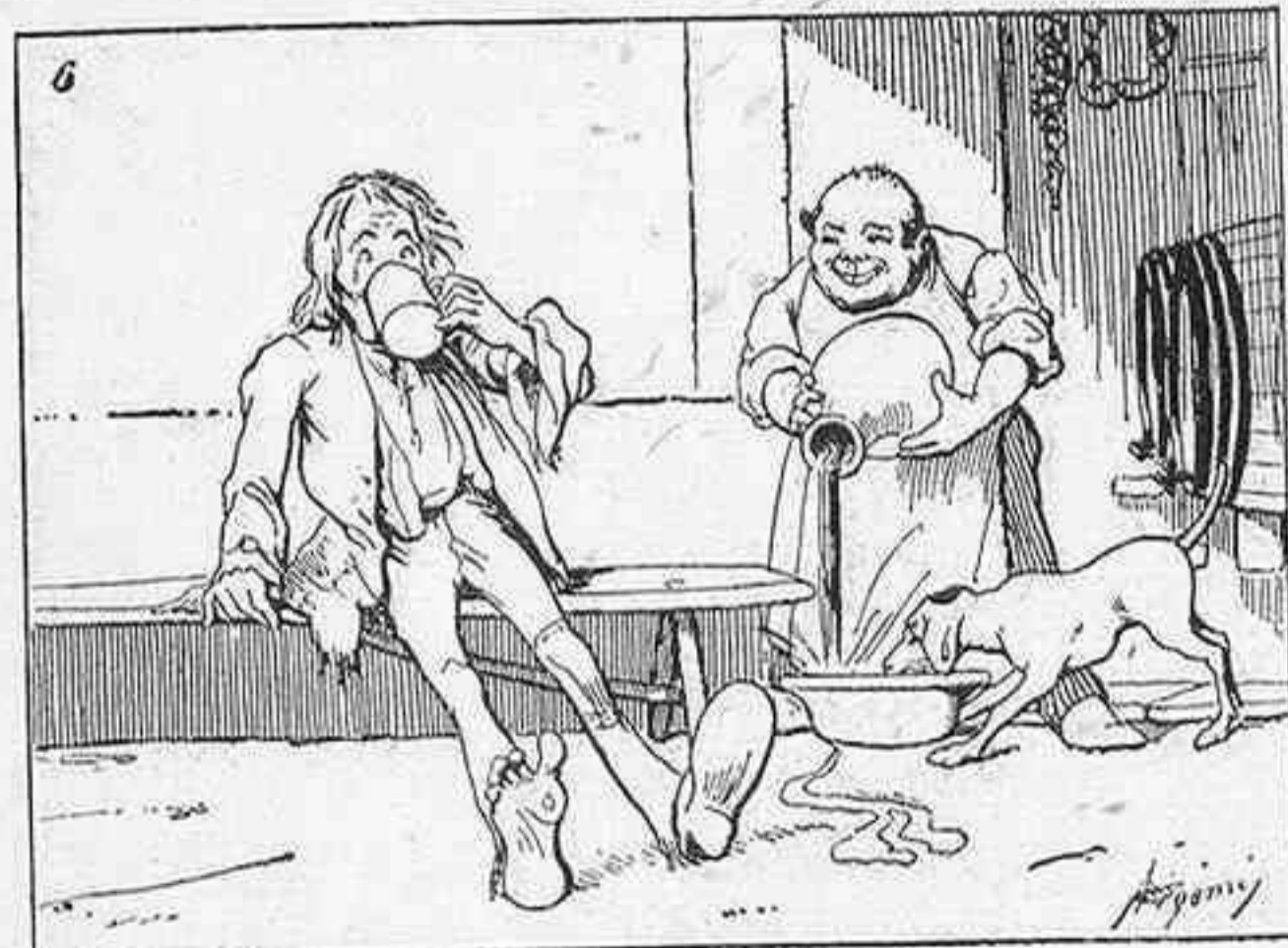
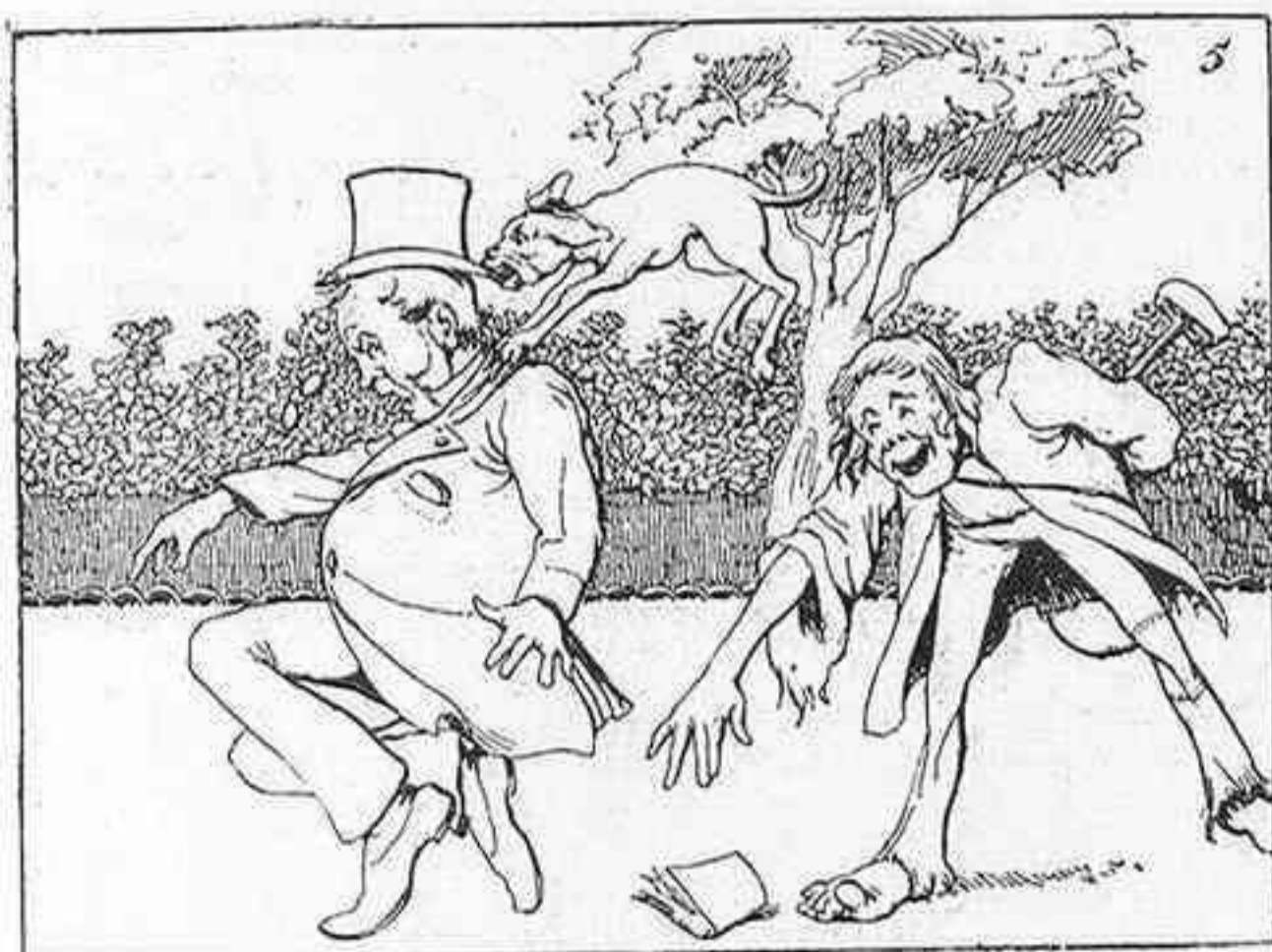
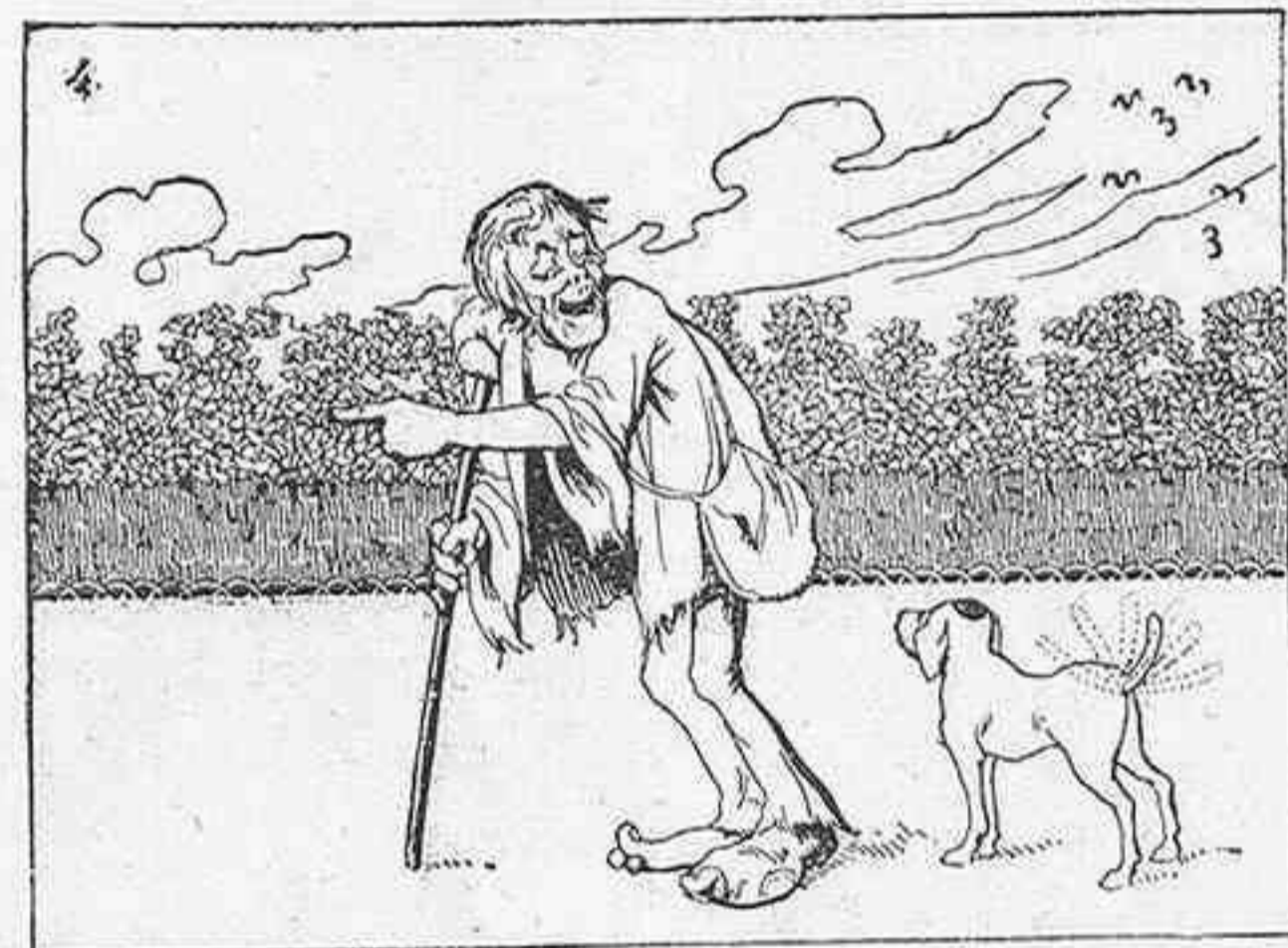
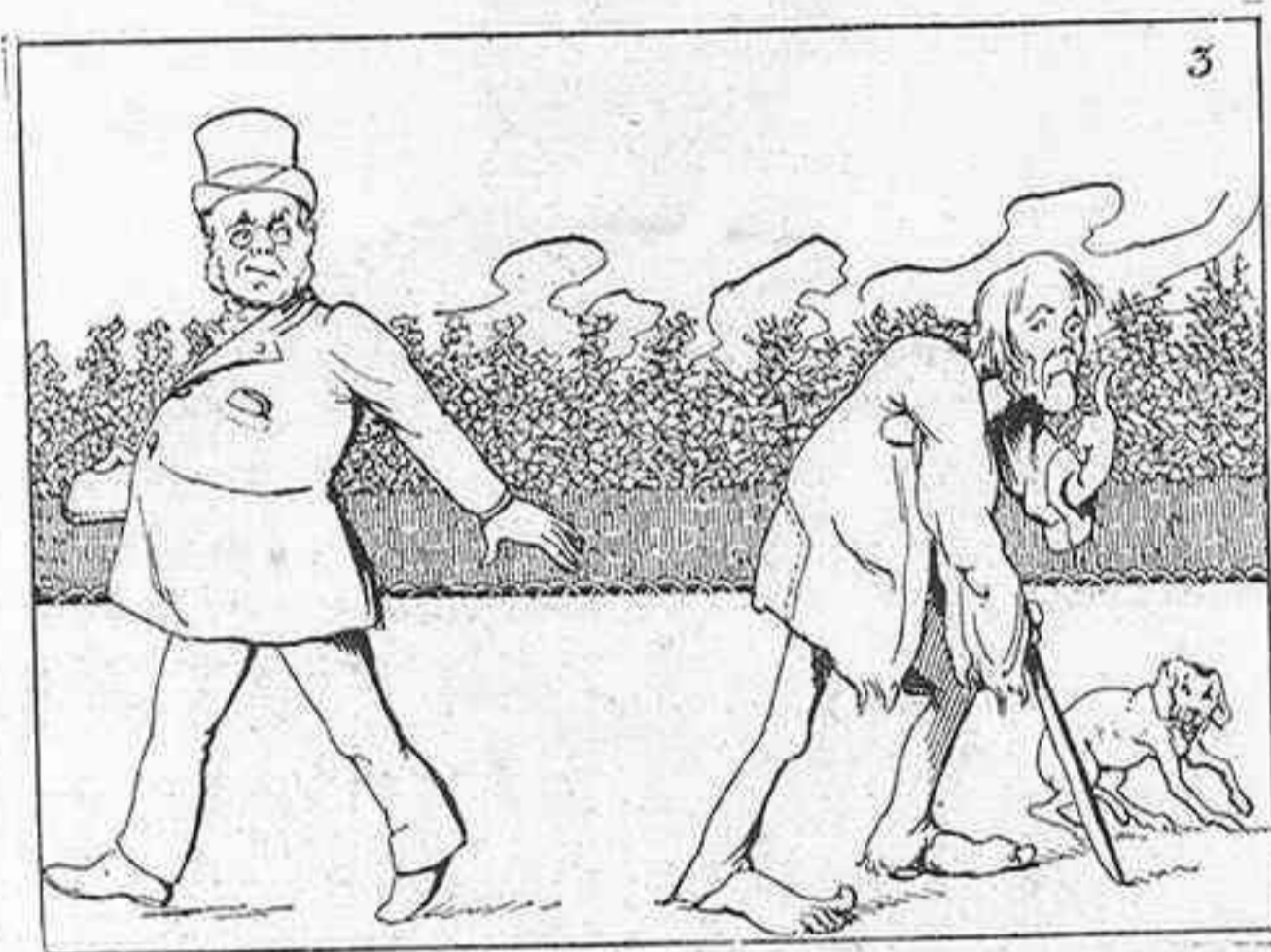
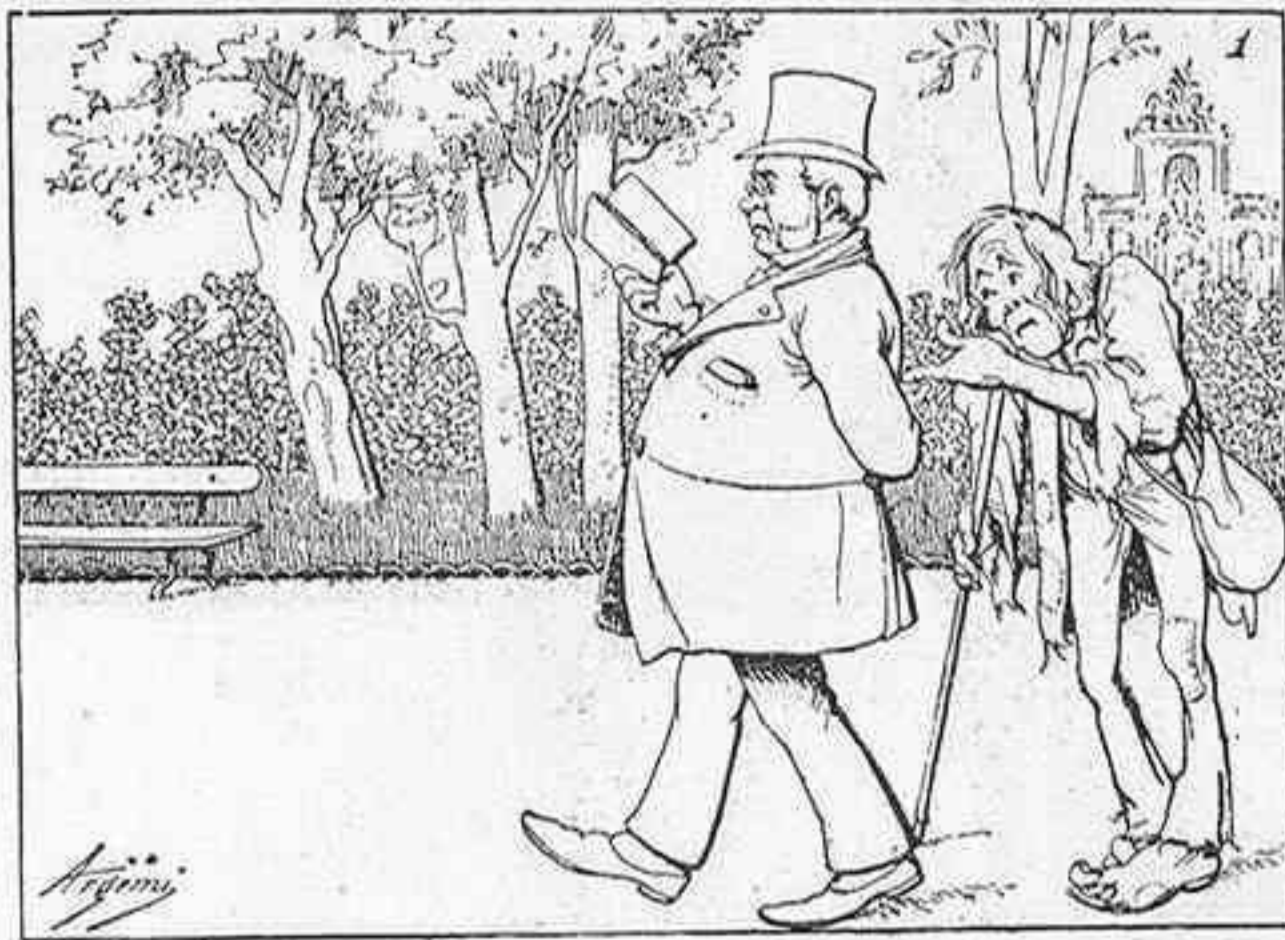
\*\*\*

S ANOTA LA PLATA

LOS VILLENENSES DE EL BORDOÑO.

LA SOBERBIA CASTIGADA; (HISTORIETA MUDA),

por ARGEMÍ.



**Corriere della Sera**

MILANO - Via Pietro Verri 14  
ABBONAMENTI: ANNO L. 40 - SEM. L. 20 - TRIM. L. 10  
ECCEZIONALI PREMI AGLI ABBONATI

OFFICINE G. RICORDI & C. MILANO

Cartel anunciador del periódico «Corriere della Sera».—Milano (Italia).